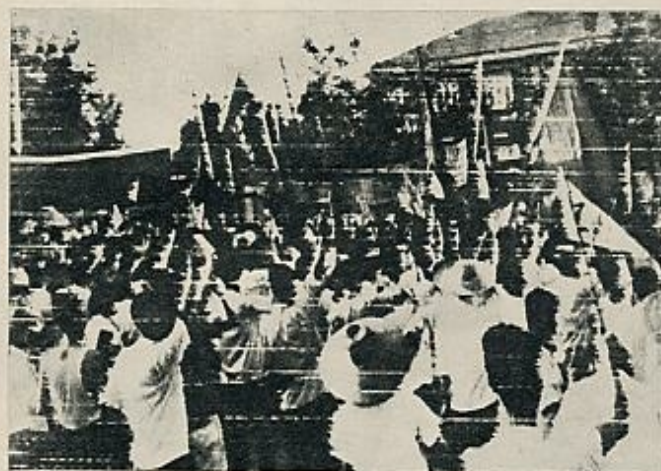


CHINA O EL ARTE DE PERDER AMIGOS



Periodistas chinos se manifestaron ante la embajada británica como protesta por el cierre de tres diarios en Hong-Kong, poco antes del incendio del edificio. A la derecha, encargados de negocios chinos saliendo del Ministerio de Asuntos Exteriores británico, donde fueron llamados por las autoridades.

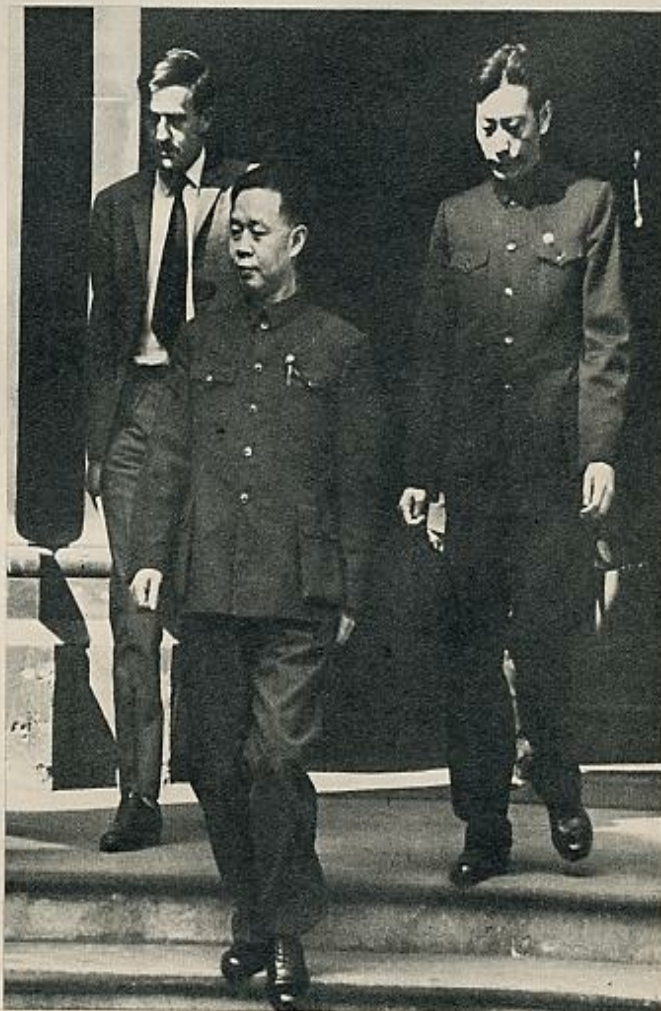
MAY un arte de perder amigos: China lo está ejerciendo de una forma que no tiene precedentes en la historia. Es un fenómeno extraño. Los Estados Unidos han ido perdiendo amigos lentamente, no sólo en contra de su voluntad, sino para su propio asombro. La idea del «americano feo» —«the ugly american», título primero de un libro que fue famoso, luego de una película— expresaban la sorpresa de un pueblo relativamente ingenuo ante la reacción de repulsa de unos países a los que creían haber ayudado en una guerra y haber enviado sacos de dólares y de material en una postguerra, y es que no acababan de comprender que el imperialismo siempre se rechaza, aunque venga envuelto en la mejor sonrisa.

El caso de China es notablemente distinto. China se entrega con una curiosa fruición a la destrucción de lazos de amistad. Su diplomacia ha entrado en la neurosis. Una serie de países con los que mantiene relaciones diplomáticas y comerciales han sido ofendidos por China. Suiza ha tenido que rechazar, por inaceptable, la nota de protesta china por la ayuda prestada a los refugiados tibetanos, que gozan en dicho país, según la nota oficial de su gobierno, de una «ayuda de carácter puramente humanitario, aportada por medios privados»; «el consejo federal no tendrá más en consideración la nueva protesta del Ministerio chino de Asuntos Exteriores, y hará lo mismo con respecto a todas las gestiones ulteriores chinas referentes a los refugiados tibetanos en Suiza». En Italia, el caso del «Li Ming», carguero chino puesto en cuarentena en el puerto de Génova por haber inscrito letreros de propaganda de Mao Tse Tung, ha dado lugar a ciertas escenas de opereta. Gran Bretaña se siente amenazada directamente por las insurrecciones de Hong-Kong. Los malos tratos a diplomáticos extranjeros —indios, alemanes, franceses— son tema corriente en Pekín. Los incidentes más graves habían sido reservados hasta ahora para la URSS, cuyo consulado en Pekín ha sido saqueado e incendiado. Refiriéndose a este acto, «Izvestia», de Moscú, dice que

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

«reviste el carácter de una gran provocación premeditada, organizada y perpetrada por el grupo de Mao Tse Tung. Es apenas necesario demostrar la incompatibilidad de estos actos criminales con las relaciones normales entre Estados»; para «Pravda» se trata de «la violación más flagrante de los principios elementales que rigen las relaciones internacionales, así como las reglas diplomáticas». Por fin, guardias rojos asaltaron e incendiaron la residencia del encargado de negocios en Pekín y perseguidos varios súbditos británicos.

Este paroxismo antidiplomático de China ha sido precedido por una pérdida de amigos que puede considerarse como más grave, desde el punto de vista de Pekín: los amigos del tercer mundo, los amigos





China está perdiendo amigos por las acciones de los «guardias rojos» contra algunas embajadas establecidas en Pekín. Antes fue la soviética y, ahora, la británica.

pobres con los que un día soñó con crear una organización de naciones proletarias que pudiera ofrecer un equilibrio frente a los usos y abusos de la ONU de Nueva York, dominada por los países ricos. Hubo un momento, no muy lejano, en que China era un ejemplo vivo, un faro contemplado con esperanza de salvación por países para los cuales el «salto adelante», el enorme paso de un país desde la colonización, la corrupción y la anarquía hasta la industrialización y la elevación del nivel de vida y la cultura, en un plazo brevísimo de tiempo, era una prueba de la posibilidad de recuperación. China hizo en diez años lo que la URSS tardó cincuenta en hacer, lo cual es un buen estímulo para países con prisa. Ciertamente, China tuvo a su lado a la URSS, mientras que ésta estuvo sola y cercada prácticamente desde 1917 hasta la segunda guerra mundial. En este sentido, China fue la mejor propaganda del comunismo en los países subdesarrollados. Se ha exagerado mucho la importancia de su intervención directa, de sus misiones diplomáticas y de sus agentes de subversión; no se ha insistido, en cambio, en que su verdadera fuerza de irradiación estaba en su propia existencia y en los avances diarios de su reconstrucción. En ese frente diplomático, China debió sufrir los asaltos de dos potencias, de las dos primeras potencias del mundo: de la URSS y de los Estados Unidos.

Queda citado que la URSS debió sufrir en los veinte primeros años de su existencia un cerco mundial, que se llamó «cinturón sanitario», el cual retrasó notablemente sus posibilidades de desarrollo; después de la guerra mundial, en el que su alianza con los países occidentales fue definida por Churchill como una «alianza con el demonio», se intentó de nuevo la realización del cerco, mediante la guerra fría, y ello volvió a modificar sus realizaciones industriales, que hubieron de desviarse hacia un enorme esfuerzo militar, y el camino de su liberalización interior. En el caso de China, el cerco ha aparecido a los diez años de su revolución, y ello como consecuencia de su diferencia ideológica con la URSS. El cerco, el bloqueo, ha sido implacable: todo lo implacable que puede ejercerse sobre un país de setecientos cincuenta millones de habitantes. Creo que es inútil buscar otra explicación a los confusos movimientos interiores que conocemos con el nombre de «revolución cultural». Las explicaciones de lucha por la sucesión de Mao, las teorías regionalistas y tradicionalistas de la división de China en diferentes etnias y lenguajes, creo que no envuelven más que un problema interior entre quienes creen, con Mao, que el camino de la intransigencia nacional e internacional es el de la victoria definitiva, y quienes entienden que la aceptación de las modificaciones del XX Congreso de la URSS para la destalinización pueden suponer la alineación de China junto a la

URSS y, por consiguiente, la ruptura del cerco internacional y la inauguración de unas nuevas relaciones con el mundo.

Es probable que todo lo que está sucediendo en China, tanto desde el punto de vista de la política interior como desde el de la política internacional, se esté exagerando notablemente. Las informaciones sobre lo que ocurre en China proceden generalmente de centros propagandísticos; y las que proceden directamente de organismos chinos carecen de los datos necesarios como para hacerse una idea real. Un periodista yugoslavo, Branko Bogunovitch, que ha vivido siete años en China hasta el momento de su expulsión por la «revolución cultural», insiste en que todos los relatos son exagerados por «quienes tienen interés en lanzar tales noticias». Un párrafo de Harald Munthe Kaas, en la primera página del «Sunday Times» (20 de agosto), bajo unos titulares en los que asegura que «Pekín pierde el control y el caos se extiende, mientras China se desintegra», permite encontrar una clave del motivo de las exageraciones. Dice así: «Parece ahora que nada, excepto un milagro, puede evitar que China caiga en la desintegración, y las futuras esperanzas de una paz interna son muy débiles». ¿Qué puede pasar si China «se desintegra»? Harald Munthe Kaas responde: «En mi opinión, sólo acontecimientos extraordinarios llegados del exterior, como una invasión americana de China, pueden evitar el colapso de ese país tal como hoy lo conocemos. Si tal desintegración se produce, una nueva zona política de bajas presiones será creada en Asia, con efectos incalculables en el equilibrio mundial de fuerzas». La idea de que una intervención extranjera puede realizarse legítimamente para pacificar un país, ha conducido a casi todas las colonizaciones históricas y, en nuestros tiempos, a la intervención americana en el Vietnam. Moralmente, carece de justificación. Pero pronunciada en el momento en que los aviones americanos bombardean cada vez más cerca de la frontera China, y cuando algunos de ellos han sido derribados sobre el mismo territorio chino, no deja de ser inquietante.

La política exterior de China, o el arte de perder amigos, es una consecuencia de la situación revolucionaria interior. No olvidemos que el ministro de Asuntos Exteriores es uno de los más activos revolucionarios, uno de los más arriesgados extremistas. Puede decirse que la política exterior de China no es, en realidad, una política, sino una sucesión de incidentes que dependen de una situación de neurosis que se viene prolongando desde hace un año. Sus malos frutos están a la vista: el mayor aislamiento chino. Si sus enemigos la cercan, China no hace nada para romper ese cerco y, en cambio, lo aumenta con la revolución diplomática. Es difícil precisar dónde puede ir a parar esta situación. Lógicamente cabe suponer que es meramente provisional.

(Fotos: EUROPA Y ARCHIVO)